

BIBLIOTECA DRAMÁTICA

PEDRO MARÍA BARRERO.

QUIEBRAS
DEL OFICIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO



MADRID

CASA EDITORIAL DE MEDINA

AMNISTÍA, NÚM. 12.

(Galería Dramática de los Sres. Hijos de Gullón)

JT - F 4461

QUIEBRAS DEL OFICIO.

**OBSEQUIO DE LA CASA
MAS SURTIDA EN
OBRAS TEATRALES**

JOSÉ GONZÁLEZ MARRUENDA
Jacometrezo, 65-MADRID

t. 1270708
c. 71756192

QUIEBRAS
DEL OFICIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

arreglada á la escena española

POR

D. PEDRO MARÍA BARRERA



MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

PERSONAJES.

MERCEDES.

EL VIZCONDE.

PARDO.

PEPE.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. *Hijos de Gullon*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



R. 164259

**OBSEQUIO DE LA CASA
MAS SURTIDA EN
OBRAS TEATRALES**

JOSÉ GONZÁLEZ MARRUENDA
Jacometrezo, 63-MADRID
ACTO UNICO.

Habitacion cerrada en una fonda de San Sebastian. Al foro, izquierda, una cama con colgaduras: á la derecha una ventana con cortinas sostenidas por una galeria, que hace quede bastante hueco para que pueda ocultarse una persona entre las cortinas y la ventana. En el centro una puerta, con llave. A la izquierda, en primer término, una cómoda: á la derecha una chimenea, con un despertador sobre la repisa. En el mismo lado, cerca del proscenio, un velador y dos butacas. Sillas, etc. Por la ventana entran en la habitacion las ramas de una madreSelva. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El VIZCONDE y PEPE, entrando. Este lleva una palmatoria encendida y una maletilla de mano.

PEPE. Pase usted, señor vizconde.

VIZC. Vamos allá. ¿Este es el cuarto que ocupaba esa señora que al mio se ha trasladado?

PEPE. Sí, señor. Como la tal doña Matilde Avendaño

es jóven y guapa, y viuda,
y la visitan mil zánganos,
aquí no estaba á su gusto;
y, si usted no accede al cambio,
deja la fonda. Para ella
era más que necesario
un gabinete.

VIZC. ¿Qué menos
puede querer?

PEPE. Pero chasco
se lleva si el nuevo albergue
piensa que ha de ser tan sano
y tan alegre: aquí cuelgan
las madreselvas sus ramos,
y entra el sol en cuanto asoma
por la montaña.

VIZC. Eso es grato

PEPE. Sí. ¿Desea usted que cierre
las persianas?

VIZC. Al contrario:
ábre las más: tengo idea
de levantarme temprano.

PEPE. ¿Va usted con los que mañana
pasan el día en el campo?

VIZC. Sí.

PEPE. Pero usted es de hierro.
Ayer, á las tres y cuarto,
llegó usted en el *express*
á San Sebastian.

VIZC. Exacto.

PEPE. Anoche fué usted de baile.

VIZC. ¡Cabal! y estuve bailando
sin cesar.

PEPE. Y hoy, á las cinco,

fué usted á tomar su baño.
Debe usted tener el cuerpo
pidiendo á gritos descanso.

VIZC.

Sí, Pepe, sí.

PEPE.

Puede usted
acostarse descuidado,
á pesar de su proyecto
de madrugar. Este año
tenemos en las alcobas
despertadores... Un trasto
muy útil. Mírelo usted.
Alrededor del horario
se va corriendo la aguja:
si la deja usted en las cuatro
á las cuatro en punto empieza
á sonar...

VIZC.

Ya sé. (Este bárbaro
piensa que vengo del Congo.)

PEPE.

Aquí dejo á usted el saco
de noche. (Sobre la cómoda.) La palmatoria
aquí. (Sobre el velador.)

VIZC.

Bien.

PEPE.

¿Manda usted algo?

VIZC.

Nada.

PEPE.

Entonces, buenas noches, (Sin mo-
verse.)
señor vizconde.

VIZC.

Adios.—¡Vamos!

¿qué esperas?

PEPE.

Usted dispense,

pero...

VIZC.

¿Qué?

PEPE.

Si por acaso
necesita usted un ayuda

- de cámara...
- VIZC. ¿Y á qué santo
viene esa pregunta?
- PEPE. Viene
á que yo por ser criado
de usted, daría una oreja.
- VIZC. ¡Hola! ¿te cansa el trabajo
del hotel?
- PEPE. No, señor, no.
Es que siempre me ha gustado
servir á solteros.
- VIZC. ¡Ya!
- PEPE. Pero he tenido tal mano
que á todos los que he servido
en seguida se han casado.
Y como con usted no
corro ese riesgo...
- VIZC. ¡Canario!
¿Ya en San Sebastian se sabe
que soy enemigo nato
del matrimonio? Bien, Pepe;
tendré presente tu encargo.
- PEPE. Mi gratitud...
- VIZC. Bueno, bueno...
Adios.
- PEPE. (Si pesco este amo,
tengo casa para un siglo.)

ESCENA II.

EL VIZCONDE.

Casarme!... ser, como tantos,
el editor responsable
de una mujer... ¡nunca! A salto

de mata, de unas en otras,
 sin alarde y sin escándalos
 me doy buena vida. Hoy mismo
 estoy aquí porque trazo
 la conquista de una rubia
 superior. Salga el retrato... (Abre la maleta.)
 y el billete, que me anuncian
 que el triunfo no está lejano.
 ¡Es celestial!... un besito (Besa el retrato y lo
 deja en la maleta, que queda abierta).
 y á casa. Otro al perfunado (Besa el billete
 y lo deja en la maleta).

billete y también á casa...

—La ví al salir de palacio
 en Madrid, hará dos meses,
 un día de besamano:
 me insinué: resultó
 mujer de mi amigo Pardo
 y ¡claro está!... desde entonces
 la adoro.—Se llama Amparo.
 Anoche, cuando en un vals
 la estrechaba entre mis brazos,
 le dije:—"Ahora son las doce;
 á esta hora mañana aguardo
 que baje usted al jardín
 del hotel: allí esperando
 estaré."—Se sonrió
 y me dijo:—"¿Y si no bajo?"
 Bajará.—Hoy en la mesa
 la he tenido en frente: ha estado
 muy risueña: con mi pié
 varias veces al asalto
 me llegado al suyo ..—Y ella
 rie que rie.—A mi lado,

por cierto, estaba una jóven
 tambien muy linda. De cuando
 en cuando su hermoso rostro
 tomaba ese tinte pálido
 de la azucena, y me hablaba
 con los ojos. ¡Ha notado
 los íntimos pisotones
 que daba á Amparito?... El diablo
 que lo averigüe!... — Ahora son
 las diez: me abruma el cansancio,
 y si me duermo y se pasa
 la hora de la cita... ¡Malo!
 — Ah! el despertador: magnífico!

(Toma la luz.)

Aquí en las doce le planto, (Corre la aguja.)
 y ya me puedo dormir (Apaga la luz.)
 á pierna suelta. (Se acuesta.) Si Amparo
 me ampara... si á media noche...
 si el jardín... si entre los álamos...

ESCENA III.

El VIZCONDE, dormido. MERCEDES, con una palmar-
 toria encendida que pone sobre el velador, al
 lado de la que está apagada.

MEAC. Matilde! soy yo... No tengas
 miedo: te vengo á contar
 muchas cosas entretanto
 que echa un sueño mi mamá.
 — ¡Dónde anda?— ¡Estás ya en la cama?
 ¡Matilde!
 (Se acerca al techo: el Vizconde se levanta.)

- VIZC. ¿Qué es eso?... ¿Dan
las doce?
- MERC. ¡Jesús!
- VIZC. ¿Qué miro?
¡Una mujer!... bueno va.
- MERC. Dispense usted, caballero,
si equivocada...—Encontrar
pensé aquí á una amiga mia...
- VIZC. ¡Pues!... era muy natural.
Doña Matilde Avendaño,
¿eh?
- MERC. Sí, sí. (¿Cómo sabrá!...)
- VIZC. (Es la jóven que ha comido
á mi lado.)
- MERC. (Es el galan
que hoy en el almuerzo el pié
me pisaba sin cesar.)
Repito á usted que dispense.
Estoy confusa... En mi afan
de ver á Matilde, vine...
- VIZC. Y soy yo el feliz mortal
que vé usted.
- MERC. Sin intentarlo,
sin sospecharlo...
- VIZC. Es verdad;
lo creo.
- MERC. No me perdono
haber venido á turbar
el descanso...
- VIZC. ¡Oh! Yo bendigo
la feliz casualidad...
- MERC. ¡Cielos! (Acercándose á la puerta.)
- VIZC. ¿Se pone usted mala?
- MERC. Me parece que oigo hablar
en el corredor.

- VIZC. La voz (Cerca de la puerta.)
es de Pardo. Charlará
con algun amigo..
- MERC. ¡Es Pardo!
el que goza en murmurar
de todo el mundo... Si ahora
salgo, salir me verán,
y estoy perdida.
- VIZC. Pues eso
es fácil de remediar.
Espere usted que se vayan.
- MERC. ¡Que espere aquí? No; jamás.
Imposible.
- VIZC. Sin embargo,
¡qué ha de hacer usted? se vá,
ó se queda: usted elija.
- MERC. ¡Aturdimiento fatal
el mio!
- VIZC. ¡Vamos, qué diantre!
no se apure usted.—(Está
hechicera.)
- MERC. (Cerca de la puerta.) ¡Nunca acaban
esos hombres!... ¡Qué tendrán
que decirse?
- VIZC. Casi casi
puedo á usted asegurar
que le quitan el pellejo
á alguno: la caridad
no es virtud que tiene Pardo.
- MERC. Pues eso me apura más.
¡Si él supiera que he venido
al cuarto de usted!...
- VIZC. (Cerca de la puerta.) No hay mal
que cien años dure: creo

que se despiden.—Ajá! (Asomándose al foro.)
Ya puede salir usted.

MERC. ¡Gracias á Dios! (Tomando la palmatoria.)

VIZC. ¡Voto á San!...

MERC. ¿Qué?...

VIZC. Pensé que tenía fósforos...

MERC. Encienda usted. (Volviendo con la palmatoria.)

VIZC. (Encendiendo.) (¡Celestial
criatura!... es remonísima).

MERC. Si usted tiene la bondad
de no referir á nadie...

VIZC. Sobre eso puede usted estar
tranquila.

MERC. Gracias, mil gracias.

(Vamos! es moro de paz
este jóven. Yo creia,
al notar la terquedad
con que me pisaba el pié.
que era insolente y audaz;
pero es muy juicioso.)—Adios.

VIZC. Señorita... (Inclinándose.)

MERC. ¡Oh! (Llaman en la puerta.)

VIZC. ¿Quién vá allá?

PARDO. Soy Pardo: tu amigo Pardo. (Fuera.)

MERC. ¡Ese hombre! (Dejando la palmatoria.)

PARDO. ¿Puedo pasar?

MERC. Aquí me escondo. (Detrás de la cama.)

VIZC. Adelante. (Abriendo.)

PARDO. Dios te guarde, perillan. (Entrando.)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE, PARDO, MERCEDES, escondida. PARDO
sale con otra palmatoria.

VIZC. ¡Hola, Pardo! Dios te guarde.

¿Qué quieres?

PARDO. Vengo á que hablemos.

VIZC. ¿Hablar? Mañana lo haremos;
hoy va siendo tarde.

PARDO. ¡Tarde!

Tú, trasnochador asiduo,
dices eso.

VIZC. Amigo Pardo:
si has pensado que es un fardo
ó cosa así mi individuo,
te equivocas. Vine ayer,
me viste anoche bailar
y me voy á levantar
mañana al amanecer.
Con que si me has de decir
algo urgente...

PARDO. No, no vengo...

VIZC. Entonces...

PARDO. Pero no tengo
muchas ganas de dormir;
y como en mi habitacion
sucedió aquella tragedia...

VIZC. ¿Cuál?

PARDO. Dicen que en la Edad Media,
entrando por el balcón,
diez sombras con antifaz
cosieron á puñaladas
á dos damas desdichadas
que allí dormían en paz.
Hoy lo han contado y no puedo
arrojar de mí la idea...

VIZC. Eso es miedo.

PARDO. Tal vez sea;
pero no!... ¡yo tener miedo!
¡Yo que con serenidad

- me bato si es necesario,
y que á más de un adversario
he echado á la eternidad!...
- VIZC. Nunca llegó á mis oídos...
- PARDO. Esto debe ser nervioso.
Soy algo supersticioso,
y sombras, aparecidos
y muertos... te lo declaro:
tengo horror á lo impalpable.
- VIZC. Pero eso es inexplicable
estando contigo Amparo.
- PARDO. ¡Mi mujer? ¡Cá! Si ella habita
al fin del corredor, sola,
desde esta mañana.
- VIZC. (¡Hola!
buen dato para mi cita.)
- PARDO. Y como está delicada
y, acá *inter nos*, me ha prohibido
ir de noche...
- VIZC. ¡A su marido!
- PARDO. Yo la tengo muy mimada
por sistema.
- VIZC. Es bueno, sí.
- PARDO. Con que ya ves que hay razon
que abone mi decision
de pasar la noche aquí.
- VIZC. ¡Demonio!
- MERC. (¡Esto es horroroso!)
- PARDO. Podemos jugar al tute.
- VIZC. Tú quieres que no disfrute
ni un momento de reposo.
- PARDO. Suprime todo reproche,
y acuéstate: eres muy dueño...
Yo aquí velaré tu sueño.

- MERC. (¡Nada! pasa aquí la noche)
 VIZC. Sentado... vestido...—No:
 mañana estarás rendido.
 PARDO. Bah! bah! sentado y vestido
 estoy en la gloria yo. (Dejando su palmatoria
 en el velador).
 VIZC. Mas... (¡Tenacidad maldita !)
 MERC. (¡Qué haré?)
 PARDO. ¡Tenias dos luces?
 Pues deduzco...
 VIZC. Qué deduces?
 PARDO. Esto me huele á visita;
 cuéntame, cuéntame...
 VIZC. ¡Bah!
 ¡Yo visitas!
 MERC. (¡Qué zozobra!)
 PARDO. Una palmatoria sobra.
 VIZC. Sí; sobra...—Mira, será
 que Pepe la habrá dejado.
 (Si al fin me altera la bilis...)
 PARDO. Eso será. (Aquí hay busilis:
 ya sabré lo que ha pasado.)
 Con que á dormir, á dormir...
 VIZC. ¡Te vas?
 PARDO. Me quedo. (Sentándose)
 MERC. (¡Asesino!)
 PARDO. Duerme, y yo de mi sobrino,
 pensaré en el porvenir.
 Ya le conoces: Simon.
 Antes de que dé un mal paso
 quiero ver si yo le caso
 con Merceditas Moron.
 Es tu vecina de mesa.
 VIZC. ¡Quien?... ¡esa?

- MERC. (¡Hablador!)
- VIZC. ¡Le quiera
ella?
- PARDO. ¡Si por él se muere!
- MERC. (¡Embustero!)
- PARDO. ¡Buena es esa!
Lo he notado al almorzar:
ella estaba conmovida,
pálida .. muy distraída...
- VIZC. (Ahora me empiezo á explicar...)
- MERC. (No era por aquel bigardo.)
- PARDO. Ella es guapa, es elegante;
pero es tonta.
- MERC. (¡Qué galante!)
- VIZC. ¡Tonta!... ¡has dicho tonta, Pardo?
Instruida, bella, inocente,
graciosa...—Así es esa chica.
- PARDO. ¡Pchs! Lo mismo dá: si es rica
ya es un partido excelente.
- VIZC. (Es fuerza echar á este bolo.)
¡Con que te vás?
- PARDO. ¡Yo!... ¡Qué es ir?
No.
- VIZC. Pues si algo he de dormir,
tengo que estar solo ¡solo!...
Sé razonable.
- PARDO. (Sin moverse.) Lo soy.
- VIZC. ¡Y tú mi amigo te nombras?
- PARDO. ¡Ir yo al cuarto de las sombras
y aparecidos? ¡No voy!
- VIZC. Si tu decision es esa,
en el almuerzo mañana
tu incomprensible medrana
contaré de sobremesa

- PABDO. ¡Y el vizconde del Rocío
obrará conmigo así?
- VIZC. ¡Justo! Y se reirán de tí:
broma por broma, hijo mio.
- PABDO. ¡No, no! no quiero tener (Levantándose
más desafíos: ya parto.
(Tomando su palmatoria.)
- MERC. (¡Al fin!)
- PABDO. Me voy á mi cuarto. (Muy alto.
(Me voy al de mi mujer.) (Bajito)

ESCENA V.

MERCEDES. VIZCONDE.

- VIZC. ¡Gracias al cielo!
- MERC. (Saltando.) No he visto
hombre más insoportable.
- VIZC. Ya se aleja: puede usted
salir sin temor.
- MERC. (Toma su palmatoria.) Sí; á escape.
Por supuesto: usted sin duda
no dá crédito á sus frases.
- VIZC. Sus...
- MERC. Las de mi matrimonio.
- VIZC. Sí, con el sobrino.
- MERC. En balde
se afanarán: ni le quiero,
ni le querré nunca; y antes
que ser su mujer... gustosa
seré monja.
- VIZC. (¡Marchitarse
en un convento!)
- MERC. A decirselo

(Dejando la palmatoria.)
 á Matilde, y reclamarle
 consejo vine aquí: ahora,
 sin que me aconseje nadie,
 de rechazar á ese jóven
 propósito irrevocable
 tengo.

VIZC. ¿Y pagará el sobrino
 culpas del tío?

MERC. No es fácil,
 porque...

VIZC. ¿Por qué?

MERC. No es el hombre
 que he soñado para darle
 mi corazón.

VIZC. Francamente,
 hace usted bien: tiene un aire
 de imbécil ese muchacho ..

MERC. ¿Es usted de mi dictámen?
 Lo celebro...—Y me retiro.

VIZC. (¡Tonta la llamó ese cafre!)
 Tome usted su palmatoria. (Dándose la.)

MERC. ¡Ah! ya la olvidaba. (Llaman en la puerta.)

VIZC. ¡Diantre!

¿Otra vez?

MERC. ¡Es mucho cuento!
 Vuelta á temblar y á ocultarme.

(Se lleva la palmatoria, despues de darle un soplo, y
 se oculta detrás de la cama.)

ESCENA VI.

MERCEDES, EL VIZCONDE. PEPE, en la puerta con un calentador y un botiquin.

PEPE. Perdone el señor Vizconde. (Sin entrar)

VIZC. ¿Qué buscas aquí?

PEPE. (Sin entrar) Señor,
he visto luz, y temiendo
que alguna indisposicion
repentina...

VIZC. ¡Oh!

PEPE. (Sin entrar.) Por lo pronto,
me traigo un calentador
y un botiquin...

VIZC. Pero Pepe,
¿estás loco?

PEPE. Esta estacion,
es propensa en este puerto
á constipados.

VIZC. ¡Por Dios!

PEPE. El botiquin tiene ether,
árnica, láudano...

VIZC. ¡Horror!

Y con todas esas cosas,
¿qué diablos he de hacer yo?

PEPE. Nada: yo mismo la cama (Dando un solo paso.)
calentaré.

VIZC. ¡Eres atroz!

¿Cuándo se ha visto en Agosto
calentar camas? No, no:
lárgate con esos chismes
al momento.

- PEPE. Lo mejor
será que deje á lo ménos
el botiquin. (El Vizconde lo toma.)
- VIZC. Bien, ad os.
Véte. (Pone el botiquin sobre la chimenea.)
- PEPE. Me retiro al punto.
Ya sabe usted mi intencion.
- VIZC. ¿Cuál?
- PEPE. La de entrar al servicio
de usted.
- VIZC. Bien: sí. Ahora no estoy...
Entrarás.
- PEPE. (Ya tengo casa
para un siglo.) Tanto honor
me obligará...
- VIZC. Basta: ¡véte!
¡Véte al momento!
- PEPE. Me voy.
Aquí llega el señor Pardo.
- VIZC. ¡Pardo!
- MERC. (¡Otra vez! Y ván dos.)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE. PARDO. MERCEDES, escondida.

- VIZC. (¡Y son cerca de las doce!)
- PARDO. A mí me dá un torozon.
- VIZC. ¿Qué es eso?
- PARDO. ¿No has visto tú
á mi mujer?—¡Voto al sol!
- VIZC. ¿Dónde quieres que á tal hora
yo pueda...
- PARDO. Tienes razon:

pero oye y sabrás...

VIZC. ¿Qué? ¿Han vuelto

las sombras?

PARDO. Esto es peor:

mil veces peor. Escucha:

Iba yo á mi habitacion,

y arriesgándome á que Amparo

me dijera algo feroz,

decidí entrar en la suya.

VIZC. ¿Y has entrado? (¡Me partió!)

PARDO. Llamo á su puerta: ¡silencio

sepulcral!—"Angel de Dios."

exclamo:—"Ya está dormida."

Y con toda precaucion,

y de puntillas, temiendo

despertarla, con amor

me acerco al lecho.—¡No basta

ni la paciencia de Job!—

¡Aquel lecho está vacío!

—Tiene esto más de un bemol.—

¡Mi mujer no está en su cuarto!

VIZC. Bien: modera tu furor.

(Estará ya en el jardin

esperando.)

PARDO. Tu opinion,

¿cuál es?

VIZC. Creo que estará

con alguna amiga.

PARDO. Yo

pensé lo mismo; pero eso

es absurdo; sí, señor.

No pudiendo ir á buscarla

de cuarto en cuarto, un sillón

cogí, pensando esperar

sentado.

VIZC. Era lo mejor.

PARDO. Ya me quedaba dormido,
cuando un estrépito atroz
me hizo saltar de mi asiento
hecho un tigre, hecho un león.

VIZC. ¡Hombre!

PARDO. ¿Y qué dirás que era?
Pues era un despertador.

VIZC. (Parece que hemos tenido
la misma idea los dos:
pero se retrasa éste,
ó aquél adelanta.)

PARDO. ¡Oh!
¿Qué tenía que hacer ella
á me lia noche? ¿Al reloj,
por qué le puso en las doce
el timbre?

VIZC. ¡Santo varón!
¿Y si no lo puso ella?

PARDO. ¿Pues quién pudo ser sinó?

VIZC. Cualquiera: acaso algun chuseo...

PARDO. ¡Eh!... tú tocas el violon.
Amparo es coqueta; Amparo
tiene por alma una col.

VIZC. ¡Cállate!

PARDO. ¿Por qué?

VIZC. Un marido
no habla así sin ton ni son
mientras no tiene certeza
de que pelagra su honor.

PARDO. Yo la tendré, y te prometo
que entonces... — ¡Calla!.. eran dos
las palmatorias...

- VIZC. Sí, Pepe,
con la que falta cargó.
- PABDO. (Le he visto salir, y sólo
llevaba un calentador.
¡Estaría mi mujer
aquí cuando...) (Suena el timbre del despertador.)
- VIZC. (¡Maldición!
vá á sospechar...)
- PABDO. ¡Tambien tú
usas eso?... (Ya el complot
descubrí.)
- VIZC. Ahora me afirmo
más y más en mi opinion.
Algun gracioso...
- PABDO. Es posible.
- VIZC. Estoy seguro.
- PABDO. (¡Traidor!)
Dices bien. (Es indudable
que se entienden.)
- VIZC. Tú, veloz,
dulcificando primero
ese gesto de Neron,
debes regresar al cuarto
de Amparo.
- PABDO. Sí; en eso estoy.
- VIZC. Si ya no ha vuelto, la esperas.
- PABDO. Y sin levantar la voz,
cuando entre, de una embestida
le divido el esternon.
- VIZC. ¡Hombre! (De esperar cansada,
ya habrá vuelto...)
- PABDO. Vaya, adios.
Voy á ver á mi costilla
siguiendo tu indicacion.

- VIZC. Eso es lo más conveniente.
 PARDO. (¿Querrá cuando salga yo ir á buscar á esa infame? Pues se vá á llevar limpion.)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE. MERCEDES.

- VIZC. (Cuando unas citas se yerran, se recurre á nuevas citas.)
 Pronto, pronto, Merceditas salga usted. (Se oye el ruido de la llave.)
- MERC. ¡Ay! nos encierran.
- VIZC. Es ese maldito Pardo.
- MERC. Pero cómo se propasa...
- VIZC. No sé: en celos él se abrasa, y en indignacion yo ardo.
- MERC. Pero yo no puedo estar aquí.
- VIZC. (¡Por vida de Lepe!)
- MERC. ¿Qué hacemos?
- VIZC. Llamar á Pepe sería escandalizar.
- MERC. ¡Oh! sí, sí: no llame usted
- VIZC. Sólo por usted me apuro.
- MERC. Y Pardo...
- VIZC. Pardo es seguro que me tiende alguna red.
- MERC. Es claro: celoso está y ahora pondrá en movimiento toda la casa.
- VIZC. Yo siento...
- MERC. ¿Qué va á pensar mi mamá

si entra en mi alcoba y allí
no me vé? Dios de mi alma,
¿qué dirán los demás?

VIZC. Calma:

imíteme usted á mí.
(Me duele verla afligida.)
Ya encontraremos un modo...

MERC. ¿Cuál?

VIZC. Aun no lo sé: mas todo
se arreglará.

MERC. ¡Estoy perdida!

VIZC. ¡Ah! (Dándose una palmada en la frente)

MERC. ¿Qué?

VIZC. ¡Idea soberana!

hágame usted la merced...

(Indicando que se acerque con él á la ventana.)

MERC. ¡La ventana!... ¿quiere usted
que salte por la ventana?

VIZC. No es usted: soy yo.

MERC. ¿Usted?

VIZC. Sí.

Me descuelgo al jardín, luego
doy la vuelta, subo, llego.
abro, y sale usted de aquí.

MERC. ¿No se hará usted daño?

VIZC. (Saltando por la ventana.) ¡Cá!

Yo soy un poco gimnasta. (Desaparece.)

MERC. Cuidado!... por Dios, no basta
ser ágil:—volando va!...

ESCENA IX.

MERCEDES.

Y la madre selva cruje...
 si se desgaja una rama...
 ya está en tierra... ya atraviesa
 el jardín...—¡Qué delicada
 conducta!... y cuánto difiere
 de este hombre el necio que anda
 tras mi dote. El tal Simon...
 ¡Oh! le detesto: ni baila,
 ni viste á la última moda,
 ni sabe decir palabra.
 ¡Qué ridículo!... Y su nombre
 de coche de alquiler, náuseas
 produce.—Al vizconde, en cambio,
 ninguna le pondrá tachas.
 Y me quiere: aquel constante
 pisarme el pié esta mañana
 en el comedor, ¿no es prueba
 de su amor? ¡Oh! sí, me ama.
 Yo le amo también: al verle,
 entera le dí mi alma.
 —¡Tiene bonita maleta!...
 ¿Qué tarjeta americana
 hay encima? ¡Si será
 su retrato? ¡Cosa rara! (Sacando la tarjeta)
 Es de Amparo; es la mujer
 de Pardo... y está muy guapa:
 la han favorecido mucho;
 eso sí. Muy perfumada (Saca la carta.)
 con heliotropo aquí tiene

una esquila. Esta fragancia es sospechosa... y la letra parece de mujer.—¡Tantas le escribirán!—Yo no debo ver lo que dice esta carta: no lo veré. Sin embargo, la curiosidad me mata. Miraré solo la firma.

A...—¿Quién es A...?—Aurora, Amalia, Amparo. Sí, sí; es Amparo.

Pero una mujer casada...

¡oh! yo veré... «Usted me jura (Leyendo) hace un mes que me idolatra.

¿Debo creerlo?»—¡El la quiere!

¡la quiere! y yo imaginaba...

(Deja retrato y carta sobre el velador.)

y yo... Se me va la vista,

se me oprime el pecho...

(Cae en una butaca. Al mismo tiempo se oye la llave, y el Vizconde abre la puerta.)

ESCENA X.

MERCEDES. EL VIZCONDE.

VIZC.

¡En marcha!

No hay nadie en los corredores y la salida está franca.

—¡Eh! ¡Diablo! Se ha desmayado.

¡Pobrecilla! Tanta y tanta emoción.—¿Y á quién acudo?...

Oh! Al botiquín. El me salva.

Pepe, insoportable y todo,

ha estado oportuno. Arnica...

No es esto, busquemos. Ether...

Ajá... Y esta muchacha
 es aún mucho más hermosa
 de lo que yo calculaba.
 ¡Qué frente!... ¡Qué tez!... ¡Qué pelo!...
 ¡Qué boquita!... ¡Qué pestañas!...
 ¡Ah! Ya vuelve en sí.

MERC. ¡El vizconde!

VIZC. *Ego sum*; pero, ¿qué pasa?
 ¿Qué ha sucedido en mi ausencia?

MERC. Nada; no ha pasado nada.

VIZC. Esta carta... Este retrato...
 (¡A que son ellos la causa!...)

MERC. ¿Quiere usted á Amparo mucho?

VIZC. ¿Eh?

MERC. Sé que usted la idolatra.

VIZC. ¡Yol!...

MERC. Pero entonces, ¿por qué (Con ingenuidad.)
 con insistencia extremada
 durante todo el almuerzo
 usted el pié me pisaba?

VIZC. ¿Cómo el pié?... (¿Con que era el suyo?)

MERC. Yo sospeché...

VIZC. (Estoy en brasas.)

¿Qué? ¿Qué?... No se pare usted.

MERC. Sospeché que le gustaba
 á usted; que usted me quería
 y que yo...

VIZC. Boca de ámbar,
 y miel, y almíbar, y rosas,
 siga usted, por Dios.

MERC. Ya basta:

al presente fuera inútil
 añadir ni una palabra. ¡

Me voy

- VIZC. No, no, Merceditas.
(Esta chica me entusiasma
y me gusta y me regusta...)
Por favor, hable usted...
- MERC. ¡Vaya!
- VIZC. ¿Para qué? Usted quiere á otra...
¿A otra?... No hay otra que valga.
¡A ninguna! No.
- MERC. El retrato
y el billete...
- VIZC. ¿Quién no guarda
objetos indiferentes
alguna vez?
- MERC. ¿Sí?
- VIZC. (Quema el billete). Esta l' ama
es prueba número uno.
- MERC. ¡Oh! (El Vizconde rompe el retrato).
- VIZC. Y estos pedazos bastan
para número dos.
- MERC. Alguien
se acerca. (Se esconde en el hueco de la ventana).
- VIZC. (Va á cerrar). Cerraré.
- PARDO. (Entrando). ¡Aparta!

ESCENA XI.

. PARDO.—EL VIZCONDE.

- VIZC. ¿Otra te pegó?... ¿qué ocurre?
- PARDO. Ocurre que hay circunstancias
en que el más torpe y más sándio
adivina las charadas.
- VIZC. ¿Y qué quieres decir?
- PARDO. Quiero

decir, que mientras buscaba
 en el jardín á la infame
 Amparo, en esa ventana,
 á pesar de las cortinas,
 he visto una sombra.

VIZC. ¡Cáspita!

¿Sería alguna de aqueilas
 con antifaz?

PARDO. ¡Para chanzas
 estoy!... Yo he visto la sombra
 de una mujer.

VIZC. Tú desbarras.

(¡Qué contratiempo!)

PARDO. ¡Desbarro,
 eh! Por si otra prueba falta,
 otra vez aqui juntitas
 hay dos palmatorias.

VIZC. ¡Calla!

Es que Pepe...

PARDO. ¡Sí! A otro perro
 con ese hueso...—Esta cama... (Mirando.)

VIZC. Pero oye, no te permito
 que en mi cuarto...

PARDO, ¡Dónde guardas
 á esa traidora?... ¡Allí! (Yendo á la ventana.)

VIZC. ¡Pardo!

Si das un paso...

PARDO. ¡Ah! ya cantas.

Allí está.

VIZC. Sí; allí en efecto,
 no lo niego, está una dama
 á la cual no ha de ver nadie;
 pero te doy mi palabra
 de honor de que no es tu esposa.

- PARDO. Bien, en viéndole la cara
te creeré.
- VIZC. ¿Me insultas?...
- PARDO (Queriendo llegar á la ventana.) Quitá!...
déjame.
- VIZC. Nó: elije armas.
y nos batiremos.
- PARDO. ¿Piensas
acoquinarme?... Te engañas.
Si aparecidos y muertos
me asustan, no soy tan mándria
que tenga miedo á los vivos,
y me batiré... si no hallas
un medio de demostrarme
que me equivoco.

ESCENA XII.

MERCEDES, VIZCONDE, PARDO.

- MERC. Si basta
mi presencia...
- PARDO. Usted! Dios mio,
usted!!
- VIZC. Qué ha hecho usted?
- MERC. Llenar
mi deber. no dar lugar
á un inútil desafío.
- VIZC. (Y su honra me sacrifica!)
- PARDO. Con que usted... (La más humilde...)
- VIZC. Entró en busca de Matilde
Avendaño.
- PARDO. Sí, eso explica...
mas no cuentes... —No confundo...

MERC. Dice lo que es cierto.

PARDO. Ya!

Por mí ninguno sabrá...
(Se lo diré á todo el mundo.)
Pero, aunque callar ofrezco,
retiro mi pretension,
de que se case Simon
con usted.

MERC. Yo lo agradezco.

VIZC. (Y he de dejar que por mí...)
Mañana en San Sebastian
hasta los peces sabrán
que ha visto á usted Pardo aquí.
Orgullosa, y muy contento,
si usted lo consiente, yo
pediré su mano.

MERC. ¡Oh!

Con toda el alma consiento.

PARDO. (El la rehabilita ahora.)

ESCENA XIII.

Dichos —PEPE, en la puerta, sin abrir.

PEPE. El señor Pardo, ¿ha salido
ya de aquí?...

PARDO. ¿Qué ha sucedido?

PEPE. Que espera á usted su señora. (Entrando.)

PARDO. ¡Al fin!—En su busca parto.
Voy, con permiso de ustedes.

VIZC. Antes da el brazo á Mercedes
para que vuelva á su cuarto.

PARDO. Al momento.

VIZC. ¿Hasta mañana? (A Mercedes.)
 MERC. Hasta mañana.

ESCENA ULTIMA.

EL VIZCONDE. — PEPE.

PEPE. ¡Qué pronto
 las engatusa ustedé!...

VIZC. ¡Tonto!

PEPE. ¡Y esta es cosa soberana!

VIZC. Era será mi mujer.

PEPE. ¿Qué? ¿Dará usted tan mal paso?
 (Asombrado.)

VIZC. Me caso, Pepe, me caso.

PEPE. No me queda más que ver.
 ¡Un hombre de tanto juicio!...

VIZC. Así las cosas se enlazan:
 vine á cazar, y me cazan...
 ¡Pepe!... QUIEBRAS DEL OFICIO.

FIN.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. PEDRO MARÍA BARRERA.

¿QUIÉN ES EL NOVIO?—Comedia en un acto y en verso.

POR UN BAUTIZO.—Idem idem.

QUIEBRAS DEL OFICIO.—Idem idem.

NUBES.—Idem en prosa.

UNA BALSA DE ACEITE.—Idem idem.

UN DAVID CALLEJERO. (*)—Zarzuela en un acto. Música de D. Manuel Fernandez Grajal.

¡TRISTE CHACTAS!—Zarzuela en un acto. Música de D. Francisco Asenjo Barbieri.

MONEDA FALSA. (*)—Comedia en tres actos y en verso.

VERDE Y MADURA. (*)—Comedia en dos actos y en verso.

(*) En colaboracion.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA

Coello: Roque Guinart (drama, 3 actos, verso).....	8 reales.
—La mujer propia (leyenda dramática).	12 —
El príncipe Hamlet (drama, 3 a. v.).	8 —
R. de la Cruz: 23 Sainetes escogidos (3 tomos).....	24 —
Zapata: La corona de abrojos (d. 3 a. v.).	8 —
Santistéban: Nuestra Señora de Atocha (3 a. v.).....	8 —
Navarrete: La cesta de la plaza (comedia 1 a. v.).....	4 —
D. Fernando el Emplazado (ópera española).....	4 —
Medina: No por mucho madrugar (c. 1 a.).	4 —
—El laurel de Virgilio (d. 1 a.).....	4 —
—Una y no más (c. 1 a.).....	4 —
Coello y Campo: El paño de lágrimas, (c. 2 a.).....	6 —
Balaguer: Coriolano (tragedia, 1 a.)...	4 —
—La muerte de Neron (tragedia, 1 a.)...	4 —
Fuentes: Un nido de víboras (c. 1 a.)..	4 —
—Otro José (c. 1 a.).....	4 —
—Las tres palmatorias.....	4 —
Fuentes y Alcon: Amor y amor propio (comedia en 3 actos).....	8 —
Ugarte y Sacristan: La posada de la vida.....	4 —
Coello y Herrero: La tabla de salvacion.....	8 —
Campo-Arana y Fuentes: Las penas del Purgatorio.....	8 —